

Notas para el trabajo sobre África en un aula crítica / Some notes on working about Africa in a critical classroom

Sanchiz Torres, Sergi

IES La Foia d'Elx

sergisanchiz@gmail.com

Resumen

En la actualidad, África se está convirtiendo, a los ojos de los europeos, en el pozo de todos los males. Pero, al contrario de las décadas pasadas, ya no se ve como una lejana desgracia, sino como una amenaza tangible. En este trabajo, presentamos algunas líneas de trabajo que pueden ser necesarias para abordar con nuestros alumnos la crítica a esa percepción que estamos construyendo, así como las causas profundas que han convertido a África en lo que vemos hoy.

Palabras Clave: colonialismo, esclavismo, racismo, xenofobia, imperialismo, acumulación originaria, historia del capitalismo.

Abstract

Currently Africa is becoming, in the eyes of Europeans, in the well of all evil. But unlike the past decades, it is no longer seen as a distant misfortune, but as a tangible threat. In this paper, we present some lines of work that we may need to tackle together with our pupils a critical analysis of the perception that we are building, as well as the root causes that have turned Africa into what we see today.

Key words: colonialism, slavery, racism, xenophobia, imperialism, primitive accumulation, history of capitalism.

1. Introducción.

A diario, África aparece aún ante nuestros ojos (si es que consigue abrirse paso en la “actualidad”) como el continente de todos los males: hambre y miseria atroces, guerras y crueldad, migraciones forzosas... Es, a los ojos de nuestra sociedad y probablemente de la mayoría de nuestros estudiantes, sobre todo el origen de la recurrente tragedia del

Mediterráneo: un movimiento incesante que, incomprensiblemente, aboca a la muerte a miles de personas estación tras estación. A lo sumo, sería el producto de una realidad catastrófica que, a fuerza de imprimirse en nuestra retina, ha devenido inseparable de aquella tierra y de sus gentes.

Pero el continente negro se identificaría, además, con la barbarie y la superstición. Las

matanzas de la guerra de Ruanda permanecen en la memoria de generaciones enteras, como confirmación de que omnipresentes instintos y odios atávicos siguen rigiendo la vida y la muerte en aquellas tierras. El yihadismo, en fin, con acciones como las de Boko Haram en Nigeria han revivido aquella imagen.

A ello se suma, hoy, el miedo –pánico, incluso– y la sensación de que sobre nosotros, precisamente cuando Europa ha dejado de ser centro de gravedad del mundo, pesa una amenaza que nos es desconocida, oculta y huidiza, y que tiene mucho que ver con el dramático río humano que no cesa de fluir sobre nuestras costas, aunque no sólo sobre ellas.

“El negro” en particular –en el sentido amplio que da Mbembe a esta palabra para nuestros días, como humanidad “excedente”–, y África en general, siguen siendo en definitiva, además del negativo de la civilización (occidental), «aquello que se ve cuando no se ve nada, cuando no se comprende nada y, sobre todo, cuando no se busca comprender nada», provocando «una exuberancia irracional». Tal vez por ello, “África” remite a un mundo ajeno, inmerso en la devastación, con el que es difícil identificarse. De ahí que, como señala Mbembe, la política hacia África sólo puede ser la del «buen samaritano que se alimenta del sentimiento de culpa, del resentimiento o de la piedad, pero nunca de la justicia y de la responsabilidad» (MBEMBE, 2016, 26 y 99).

La identificación que hace Achille Mbembe entre los “negros” de ayer y hoy es

interesante por cuanto permite abrir una vía paralela a la reflexión en las aulas. Como remarca el pensador camerunés, «el negro fue inventado para significar exclusión, embrutecimiento y degradación, inclusive para significar un límite conjutado y aborrecido al mismo tiempo». Volveremos sobre la importancia histórica de esta construcción cultural realizada tanto para justificar un gigantesco proceso de expropiación y explotación, como para asegurarlo políticamente. De la misma forma que sólo los esclavos negros fueron expuestos a los «riesgos sistémicos» durante el primer capitalismo, fundado en una implacable lógica del máximo beneficio que se apoyaba en el creciente poder del estado y la apropiación violenta de tierra y mano de obra, en la época del neoliberalismo no sólo todas las situaciones de la vida poseen un valor en el mercado, sino que esos mismos riesgos se ciernen sobre «todas las humanidades subalternas», a medida que se extienden prácticas imperiales y depredadoras muy similares a las que caracterizaron a aquel «capitalismo de guerra», como ha calificado Sven Beckert a la acumulación originaria del capital. De esta manera, estaríamos asistiendo a la «universalización tendencial de la condición negra», conformando lo que Mbembe conceptúa como «devenir negro del mundo»: un proceso que vendría a significar «la expansión de lógicas de desposesión articuladas con una nueva norma de existencia que reduce drásticamente el campo de lo posible», dando continuidad a la lógica del

poder colonial (MBEMBE, 2016, 30-33; BECKERT, 2016; GAGO y OBARRIO, 2016).

Al hilo de esta idea, y aunque aquí nos centraremos en las raíces históricas de fenómenos y realidades actuales, no deja de ser sugerente la posibilidad de plantear a nuestro alumnado una pregunta que, bajo el aspecto de una *boutade*, tiene también su parte inquietante: ¿por qué, hoy, podemos considerar que muchos de nosotros –o de quienes viven a nuestro alrededor– somos “negros”? ¿Qué entendemos, en lo profundo, como “negro”, y qué tiene en común con nuestras vidas? Ello puede dar pie a considerar hasta qué punto se nos reifica y se mercantiliza nuestra vida hasta en las acciones más nimias y cotidianas; como, sin ir más lejos, las que llenan el tiempo libre de nuestros adolescentes. Al mismo tiempo, es bajo esta perspectiva, quizá, como se puede alcanzar una comprensión más profunda de lo que África en general, y sus habitantes en particular, han significado y significan para el desarrollo del capitalismo, así como de la continuidad que se puede atisbar en los procesos de acumulación y en la imbricación de aspectos económicos, políticos e ideológicos que le ha dado vida desde sus orígenes.

Pero, retomando el hilo de esta introducción, lo cierto es que, en la percepción occidental, predomina la ausencia de explicación racional, la inexistencia de causas explícitas de las tragedias que, bajo el aspecto de una ficción más, se suceden en las pantallas. Una violencia que sólo cabe atribuir, en consecuencia, al

“salvajismo”, al “tribalismo” y, en último término, a la fatalidad que “siempre” sumió a África en la destrucción.

Sin embargo, lo negro no siempre ha cargado con un significado de caos y bajos instintos: también ha llevado consigo «el signo luminoso de la posibilidad de redención del mundo y de la vida» (MBEMBE, 2016, 33), a través de experiencias históricas que han inspirado a millones de seres humanos. Pensemos en la independencia de Haití, en la lucha por los derechos civiles de los afroamericanos o en los procesos de descolonización contemporáneos. Y, pese a todo, “África” sigue siendo sinónimo de desesperanza y derrota irremediable, de impotencia, en definitiva.

Enfrente, es cierto que, como apunta Mbembe, en nuestras sociedades está creciendo un «racismo sin razas» que permite ejercer la discriminación y, al mismo tiempo, impide conceptualizarla, al sustituir “la biología” por la cultura y la religión. Es el caso de las categorías racializadas que alimentan a diario la islamofobia. Por su parte, esa diferencia exacerbada, «figura de la neurosis fóbica, obsesiva y, en ocasiones, histérica», conduce igualmente a hacer del otro «un objeto amenazador del que mejor protegerse, deshacerse o al que simplemente habría que destruir». La “lógica de raza” conlleva, en consecuencia, la potenciación de la ideología de la seguridad, la “santuarización” del territorio y el control creciente de los flujos humanos. La

raza, tanto da si se refiere a la religión o a la cultura, permite identificar y definir grupos de población como portadores de riesgos potenciales. En definitiva, se convierte la protección en moneda de cambio o, más claramente, chantaje por el que se van erosionando los derechos civiles en aquellos estados que tradicionalmente se habían reclamado paladines de los mismos. No en vano Mbembe considera, partiendo de Foucault, que si el liberalismo tiene como correlato el estímulo de una «cultura del miedo» frente a una amenaza de la que es necesario protegerse, «el peligro racial constituyó uno de los pilares de esta cultura del miedo intrínseca a la democracia liberal» (MBEMBE, 2016, 34, 39, 58, 79, 141).

El objetivo básico de este trabajo es, consecuentemente con lo apuntado, mostrar –o más bien recordar– la trascendental y diversa contribución de África a la configuración del mundo moderno, incluyendo aspectos que no resultan evidentes a primera vista, tales como el desarrollo de las libertades republicanas o el *New Deal*, a partir del cual se acabarían extendiendo por Occidente las políticas keynesianas del “Estado de Bienestar”. Pero también otros que, pese a formar parte del análisis y la interpretación de importantes corrientes historiográficas y políticas desde Marx, tienden a quedar velados en los procesos de construcción del conocimiento académico, y no digamos del social. Es el caso de la base esclavista sobre la que se asentó no sólo el capital comercial que financió en buena parte la industrialización

británica, sino también la prosperidad de la misma actividad fabril, hecho que demostró contundentemente Eric Williams y que ha recibido un nuevo refuerzo con el reciente y muy documentado estudio de Sven Beckert.

Con lo dicho hasta ahora, parece evidente que no voy a restringir mi consideración de África a su extensión geográfica. Además del hecho de que el continente entero ha tenido la desdicha de compartir el significado asignado por Occidente a sus hijos e hijas, no basta, en mi opinión, poner el foco de atención sobre los desarrollos históricos que han hecho de África lo que es hoy, para así *comprender* su presente. Si, además queremos *conocerlo*, como señalaba Pierre Vilar, es necesario asimismo *desnaturalizar* nuestro propio contexto y entender que la “prosperidad” europea –si bien bastante venida a menos–, hunde precisamente sus raíces en la brutalidad y el caos que hoy sacuden nuestra autocomplaciente seguridad, que no son más que la otra cara de ese “bienestar” y que han tenido a África como objeto no sólo en la época del coltán, sino desde los mismos orígenes del capitalismo; comprender en fin que, según la expresión de Walter Rodney, «Europa subdesarrolló a África».

Para ello, resulta obligado referirse a la gigantesca diáspora protagonizada por millones de africanos, a través del Atlántico, para alimentar el proceso de acumulación del capital en la época del primer colonialismo moderno. Más aún, ya la primera generación de pensadores

que dio forma a la «consciencia negra del negro» entre el siglo XIX y los inicios del XX (con W.E.B. Du Bois a la cabeza) constituyó un imaginario negro moderno desde las ciudades de Estados Unidos, el Caribe, Europa y más tarde África, con lo cual considero que una perspectiva amplia –atlántica– de “lo africano” está doblemente justificada (MBEMBE, 2016, 71).

En este punto, me parece muy sugerente la conexión que autores como Polanyi y otros más recientes han establecido entre los africanos y los pobres y proletarios europeos de los siglos XVII al XIX, en relación con la consideración que recibieron por parte de las elites, los sufrimientos que padecieron y el papel que jugaron en el desarrollo del capitalismo (LINEBAUGH y REDIKER, 2005); un aspecto que puede ayudar a desentrañar no sólo la complejidad económica del modo de producción capitalista, sino también algunos de los fundamentos culturales sobre los que el capital asienta su explotación. Al fin y al cabo, lo que caracteriza a ambas masas humanas es el hecho de que ambas se vieron obligadas a trabajar bajo los designios del capital; y, si en el caso de los africanos esta novedad ha permitido referirse a una «segunda esclavitud» (BECKERT, 2016), en el caso del proletariado es precisamente este hecho el que le confiere su naturaleza. No obstante, es necesario recordar que el trabajador africano fue explotado de manera más cruel e intensa, y ello porque el Estado colonial gozaba del monopolio del poder

político (frente a la pluralidad política más o menos tolerada en las metrópolis y su capacidad de presionar a los gobiernos), por el escaso desarrollo del proletariado africano y, claro está, por el racismo (RODNEY, 1982, 177).

Creo que Mbembe tiene razón cuando se refiere a la «transnacionalización de la condición negra» como «un momento constitutivo de la modernidad» incubada en el Atlántico; dicho de manera más plástica, los negros serían «una comunidad cuyas manchas de sangre se ven por toda la superficie de la modernidad» (MBEMBE, 2016, 47 y 69). Este planteamiento tiene una doble derivación en lo que a nosotros respecta: una de carácter económico, que examinaremos después, y otra que constituye la base tanto del enfoque del autor camerunés al referirse a “lo negro”, como de la perspectiva “atlántica” por la que hemos optado aquí.

Estos son, a grandes rasgos y sin ánimo de proporcionar “receta” pedagógica alguna, algunos mimbres a partir de los cuales se puede enfocar, a mi parecer, una presencia de África en las aulas con pretensiones críticas y transformadoras, al hilo de lo ya expuesto en otros trabajos, y que no repetiremos aquí, partiendo de las observaciones de Vilar, Fontana y los miembros del Proyecto Nebraska, entre otros (AMORES BONILLA y SANCHIZ TORRES, 2016; SANCHIZ TORRES y AMORES BONILLA, 2016; AMORES BONILLA y SANCHIZ TORRES, en preparación).

En alguno de ellos, ya sugeríamos la conveniencia de abordar de forma interrelacionada los problemas del subdesarrollo, las migraciones, el proceso de formación del capitalismo y la industrialización, y el colonialismo (SANCHIZ TORRES, 2015). Es evidente que la organización del currículo, cada vez más constreñida por la organización de la disciplina académica que intenta mimetizar, y las restricciones cronoespaciales propias de la escuela del «modo de educación tecnocrático de masas» no favorecen este enfoque “genológico” de la posición que ocupa hoy África en el mundo y en nuestro imaginario, al trascender el marco cronológico impuesto por la vetusta división por “edades”.

Sin embargo, si entendemos que estamos obligados a dominar en lo posible nuestra propia práctica docente, en lugar de limitarnos a aplicar lo que otros diseñen al albur de modas pedagógicas y necesidades productivas; si compartimos la necesidad de reflexionar y teorizar sobre ella, proporcionando espacio a una «pequeña pedagogía», al decir de José María Rozada, que se sitúe entre el conocimiento académico y nuestra actividad cotidiana (ROMERO et al., 2006), entonces sólo quedará por determinar –si se comparte los objetivos que he apuntado sumariamente para este trabajo– la forma concreta en que cada docente vaya a hacer frente a estas dificultades, o tratar de paliarlas al menos.

2. Trata, plantación, capitalismo

Ya hace siglo y medio que Marx dejó asentado en *El Capital* un hecho que, pese a su sistemática ocultación, no deja de reaparecer recurrentemente en estudios e interpretaciones de los orígenes del capitalismo, desde posiciones no necesariamente militantes (MARX, 1867):

«El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborígen, la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de Africa en un coto reservado para la caza comercial de pieles negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos constituyen factores fundamentales de la acumulación originaria» (*El Capital*, t. I, sección 7, cap. 24).

Siendo verdad, en mi opinión, que el currículum no destila sin más las ideas de la clase dominante para inocularlas en los grupos subordinados, sino que hay hasta cierto punto una incorporación de las ideas y puntos de vista de aquellos para mejor afianzar la hegemonía (APPLE, 1996), lo cierto es que ese proceso de integración no llega al punto de introducir determinados problemas, como el enunciado por Marx, que cuestionan el sistema en su mismo origen, porque ello no significaría simplemente denunciar algunos de sus abusos (que pueden pasar como “desviaciones” de una trayectoria de progreso en lo esencial), sino

impugnarlo en su misma naturaleza y, por tanto, en su totalidad. De ahí que este trabajo otorgue especial importancia a la forma en que la explotación y el saqueo de África han apuntalado el desarrollo económico europeo, produciendo como resultado, a su vez, el subdesarrollo del continente negro.

Ya hemos mencionado la importancia que Achille Mbembe atribuye al comercio triangular. Para él, la vasta «formación oceánico-continental» a que dio lugar se convirtió en «el motor de transformaciones sin paralelo en la historia del mundo», en cuyo núcleo se encontraban las personas de *origen* africano (un matiz que, obviamente, es importante también para nuestro enfoque). El negro supuso la respuesta al problema de movilizar la enorme cantidad de mano de obra que requería el sistema de plantación en general, y permitió roturar las tierras incultas de las Antillas. Fue su trabajo el que lanzó la primera agricultura de exportación, basada en el azúcar, el tabaco y el algodón, que incrementó el volumen del comercio internacional a una escala desconocida hasta entonces. Con ello, estimuló numerosas industrias e impulsó la prosperidad de algunos puertos comerciales. La utilización del trabajo esclavo masivo permitió, por tanto, integrar el capitalismo mercantil, la naciente manufactura mecanizada, el control de la mano de obra y la ocupación violenta de nuevas tierras, para dar lugar a la industria moderna. Al mismo tiempo, abría el camino asimismo a innovaciones en el campo de los transportes, la producción

manufacturera, el comercio y los seguros. Los estados europeos crecieron política y militarmente. El capitalismo se hizo mundial. De esta manera, «la “modernidad” es en realidad el otro nombre del proyecto europeo de expansión ilimitada que se instaura durante los últimos años del siglo XVIII» (WILLIAMS, 2011, 21-22; MBEMBE, 2016, 45, 54, 105; BECKERT, 2016).

Walter Rodney insistió en la importancia del conocimiento que Europa poseía, de forma exclusiva, respecto al funcionamiento del sistema internacional de intercambios, gracias a que en el siglo XV sus estados tomaron la iniciativa de las exploraciones con el fin de expandir los intereses europeos allende los mares. Eso les permitió introducir una cuña en el comercio del Índico, desplazando a árabes e indios; lo cual, con el tiempo, les llevaría a integrar la actividad productiva y los intercambios entre cuatro continentes (RODNEY, 1982, 92).

En su reciente libro sobre el algodón, Sven Beckert ha profundizado y ampliado este asunto, acuñando el término «capitalismo de guerra» para sintetizar el proceso de apropiación violenta y reorganización productiva de tierras y mano de obra llevado a cabo por los europeos, con el inestimable papel del estado. En este contexto –y aunque no se entiende muy bien la necesidad de inventar un nuevo término para unos hechos que la «acumulación originaria» de Marx define con más precisión, como ha señalado Robin Blackburn–, se destaca la

importancia que tendría, andando el tiempo, la irrupción de los europeos en el eje Asia-África para la industrialización europea (BECKERT, 2016; BLACKBURN, 2015).

A partir de entonces, diversas regiones africanas, próximas al litoral, quedaron atrapadas sin remedio en el complejo del comercio internacional de los europeos; y, aunque es cierto que éstos se dedicaron frecuentemente a exportar baratijas y mercancías invendibles en sus países, también es verdad que el continente negro constituyó un nuevo mercado de cierta importancia para las manufacturas europeas. Más aún –y dejando de lado, por ahora, el valor que supondría esta experiencia en África occidental cuando los europeos se lanzaron a la trata de esclavos–, los gustos de los jefes africanos, habituados gracias al comercio árabe a los mismos tejidos indios que causaban furor en Europa (como los calicós y muselinas), ejercieron una presión importante sobre los comerciantes y manufactureros británicos, ansiosos de proporcionar, al menor coste y en la mayor cantidad posible, los productos que les permitirían conseguir su mercancía más codiciada: los seres humanos (BECKERT, 2016). Obsérvese, por cierto, que frente a lo que solemos ver en los materiales didácticos, el “comercio triangular” apoyaba uno de sus vértices no en Europa, sino en Asia.

Walter Rodney recalcó la importancia de las divisiones políticas y de clase africanas en este proceso. En efecto, allí donde había jefes poderosos, aunque de estados pequeños, los

europeos encontraron más fácilmente aliados que les proporcionaran los ansiados esclavos, utilizando los codiciados tejidos, como recordaba el esclavo huido Esteban Montejo en el siglo XIX. Ahora bien, merece la pena recordar que no todos los estados africanos en formación se dedicaron a esclavizar a sus propios súbditos, lo que generalmente acababa en la más dolorosa impotencia y disgregación política, social y moral. Muy al contrario, gentes como los ashanti, en la actual Ghana, que no llegaron a esos extremos, fueron capaces de resistir el embate colonizador a mediados del XIX, poniendo en serios aprietos a los europeos (KI-ZERBO, 2011, 403 y ss.).

Esta vinculación al circuito comercial europeo, magistralmente descrita por Beckert, acabaría hundiendo la actividad textil de la India, que durante siglos se había situado muy por delante de la europea tanto en producción como en calidad técnica, y que finalmente cayó víctima de la imitación y el proteccionismo europeos. Ahora bien, como ya hemos señalado, el planteamiento no es nuevo, puesto que Engels ya lo puso en claro hace más de un siglo en su carta a K. Schmidt (1890):

«La conquista de la India por los portugueses, los holandeses y los ingleses, entre 1500 y 1800, tenía por objeto importar de aquel país. A nadie se le ocurría exportar algo a la India. Sin embargo, qué influencia tan enorme ejercieron a su vez sobre la industria esos descubrimientos y esas conquistas que sólo obedecían al interés del comercio: lo que creó y

desarrolló a la gran industria fue la necesidad de exportar a esos países».

Sin embargo, no es menos cierto que, paralelamente, sería Europa la que determinaría qué bienes debía producir y exportar África, al igual que ocurriría con la India, en la red comercial a la que había sido incorporada mediante la fuerza. Y esas mercancías serían los esclavos.

Entre 1680 y 1686, la inglesa Compañía Real Africana transportó anualmente unos 5.000 esclavos; en 1760, la cifra había ascendido a 36.000, y en 1771 a 47.000. Se estima que entre 1680 y 1786 más de dos millones de esclavos fueron desembarcados en las colonias británicas, a los que hay que añadir otro medio millón transportado por los negreros ingleses a las colonias españolas y francesas (WILLIAMS, 66-68). Lo más granado de la sociedad europea estaba involucrado en este comercio, incluidos numerosos lores británicos y miembros de las casas reales, como la inglesa y la española.

Es difícil negar la importancia que ha tenido la esclavitud en la configuración de nuestro mundo. Desde Marx hasta Sven Beckert, toda una línea interpretativa ha destacado la conexión entre esclavismo y capitalismo. En una carta a Pavel V. Annenkov (1846), Marx señalaba:

«La esclavitud directa es hoy día eje de nuestro industrialismo, tanto como la maquinaria, el crédito, etc. Sin esclavitud no hay algodón; sin algodón no hay industria moderna.

La esclavitud ha dado valor a las colonias; las colonias han creado el comercio mundial; el comercio mundial es la condición necesaria de la industria maquinizada en gran escala. [...] La esclavitud es, pues, una categoría económica de la mayor importancia. [...] Basta con borrar a Norteamérica del mapa de las naciones, para tener anarquía, decadencia total del comercio y de la civilización moderna. Y hacer desaparecer la esclavitud es borrar a Norteamérica del mapa de las naciones. [...] Las naciones modernas han sabido simplemente cómo disfrazar la esclavitud de sus propios países al tiempo que la importaban abiertamente en el Nuevo Mundo.»

En este punto, creo conveniente poner al alumnado en contacto con lo que significó la trata para sus víctimas. Disponemos para ello del estremecedor relato de Olaudah Equiano, a través del cual asistimos al proceso de captura y traslado a la costa en África, así como a las terribles condiciones del transporte negrero (EQUIANO, 2001), pero también los propios europeos nos han dejado espeluznantes escenas del tráfico humano (KI-ZERBO, 2011).

En la década de 1940, Eric Williams atribuyó a motivaciones económicas, y no raciales, el establecimiento de la esclavización de los africanos en América: «La esclavitud no nació del racismo; más bien podemos decir que el racismo fue la consecuencia de la esclavitud», lo cual demostraría, unas décadas más tarde, Edmund Morgan para el caso de Virginia (WILLIAMS, 2011, 34). Como también ha señalado Sven Beckert refiriéndose al algodón,

el coste de la producción por unidad se reduce mediante la organización del cultivo en grandes plantaciones trabajadas por cuadrillas; pero ese aumento de la rentabilidad requería disponer de gran cantidad de mano de obra cuando y donde fuera necesario: y de hecho, ésta no sólo fue trasladada desde África a América, sino también, posteriormente, desde las Antillas al continente, así como entre los diferentes estados de Norteamérica a medida que lo exigían las necesidades de la producción.

La esclavización de los africanos hizo posible todo esto, gracias a la circunstancia añadida de que en Norteamérica había gran abundancia de tierras disponibles, una vez expulsados por la fuerza sus habitantes indígenas. Gracias a ello, no sólo fue posible aumentar la escala de la producción, sino también mantenerla en un bajo nivel técnico, como requería la mano de obra esclava. En primer lugar, porque difícilmente se habría podido aprovechar la introducción de técnicas avanzadas con trabajo forzado; pero, además, porque el sometimiento de la mano de obra exige su máximo embrutecimiento. Un hecho que, como recordaba Rodney, se daría también en las zonas de plantación que los europeos explotaron en África occidental, y que este autor sitúa como uno de los factores del atraso tecnológico africano.

Por último, la esclavización hizo posible incrementar los niveles de violencia ejercida contra la mano de obra, con el fin de incrementar una productividad que difícilmente

se podría arrancar de otra forma a quienes poco tenían ya que perder (MORGAN, 2009; BECKERT, 2016, 151). Es de notar que incluso en este punto es difícil apreciar una intervención del racismo absolutamente diferenciadora, por cuanto los blancos pobres que precedieron a los africanos en esta labor (los siervos o *indentured servants*, sometidos a varios años de trabajo obligatorio a su llegada a América, generalmente como pago de su pasaje) no conocieron un trato mucho mejor, salvo por el hecho de que el período de prestación era limitado, pues también conocieron el hambre, la sed, los azotes, la tortura de la sobrecarga de los barcos y las epidemias; e igualmente podían ser comprados, vendidos y embargados junto al resto de “propiedades” de sus amos. Muy pronto, sin embargo, se pondrían en marcha numerosas normas destinadas estigmatizar y separar a la población negra; pero ello se debió, en primer lugar, a motivaciones políticas, si bien las diferencias raciales ayudarían a justificar y a hacer efectivas tales disposiciones *a posteriori* (WILLIAMS, 2011; BECKERT, 2016; MORGAN, 2009; MBEMBE, 2016).

Por cierto que la decisiva importancia de la mano de obra esclava africana ya fue remarcada por Williams, al sugerir que probablemente fue la extrema necesidad de brazos en las colonias lo que impulsó no sólo el reclutamiento por contratistas, sino también la deportación, e incluso el secuestro, de delincuentes, marginados y gentes de baja extracción en general, ya fueran hombres,

mujeres o niños. Se estaría produciendo, así, un cuello de botella de la mano de obra disponible para las plantaciones cuya resolución, merced al incremento del tráfico negrero, permitió expandir definitivamente la producción. Con razón Linebaugh y Rediker (2005) afirmarían, muchos años después, que el capitalismo fue edificado sobre las espaldas de todos estos desheredados que atravesaban el Atlántico en diversas direcciones.

En resumen, por más que se la haya podido criticar su tajante materialismo (o quizá economicismo), parece fuera de toda duda la validez de la explicación que Williams apuntó para el origen de la esclavitud en América: «Su origen se puede expresar en tres palabras: en el Caribe, azúcar; en el continente, tabaco y algodón. Un cambio en la estructura económica producía un cambio en el abastecimiento de mano de obra». Aunque estudios posteriores, como los de Morgan y Beckert, hayan ampliado la perspectiva a los factores políticos o técnicos, no pueden dejar de coincidir en el carácter definitivo que, para el desarrollo del capitalismo, tuvo esta relación entre cambios en la organización de la producción y la esclavización de los africanos (WILLIAMS, 2011, 53).

Claro que el precio que hubo que pagar por la extensión del sistema de plantación fue el miedo: en efecto, el rápido incremento de la población negra esclava (que en Virginia, por ejemplo, pasó del 5% en 1670 al 25% en 1730), con su corolario de emigración de los blancos pobres hacia el oeste de Norteamérica debido a

la temprana acaparación de la tierra por los terratenientes (o, en las Antillas, el cese de la inmigración blanca por la falta de tierras disponibles), fue acrecentando el temor a una revuelta. Eso, y sobre todo la posibilidad cierta, en la segunda mitad del siglo XVII, de una rebelión común de esclavos y blancos pobres, hizo necesario imponer un régimen de terror y segregación para mantener el predominio social y político de los plantadores.

Pero el miedo no fue suficiente para restringir el impulso del libre comercio en los dominios ingleses: cuando en 1773 los terratenientes de Jamaica intentaron gravar la llegada de nuevos cargamentos de africanos, tanto para engordar sus arcas como por el terror a la revuelta, fueron derrotados por los comerciantes de Londres, Liverpool y Bristol. Era evidente que el signo de los tiempos estaba cambiando, y que los plantadores no dirigían ya la política colonial inglesa. Por eso, desde una perspectiva económica, el tráfico negrero tenía sus días contados (WILLIAMS, 2011).

En Norteamérica, este temor tuvo siempre un carácter más social que racial. Desde la llegada de los primeros esclavos negros en 1619, éstos convivieron estrechamente con los blancos pobres emigrados o deportados desde Europa, quienes compartieron ampliamente, como ha quedado dicho, su experiencia de explotación y de opresión, pero también, en un primer momento, los beneficios de la emancipación (en forma de tierras); e igualmente, en buena lógica, sus ansias de

rebelión y libertad. En el continente, como en Barbados (laboratorio de la plantación esclavista en América), explotados blancos y negros se fugaban juntos, cooperaban y formaban parejas mixtas...

Por esa razón, la población esclava (medio millón poco antes de la Revolución americana) fue desde muy pronto motivo de preocupación para la clase plantadora. Desde 1661, proliferaron en diferentes colonias las leyes dirigidas a castigar esta convivencia tan amenazadora para los intereses de la elite terrateniente. En Virginia, la rebelión de Nathaniel Bacon (1675-1676) supuso la cristalización de diversos conflictos políticos, y sobre todo de clase, cruzados. Aunque Bacon fue ante todo un puntal de la oposición de los plantadores a la intromisión de las autoridades británicas en sus manejos y corruptelas en el poder local, supo concitar el apoyo de grupos sociales con motivaciones muy distintas.

A finales de 1675, la rebelión tuvo el aspecto de una guerra de los pequeños granjeros y los libertos (antiguos siervos, que en los primeros tiempos habían incluido negros emancipados) contra los indios y frente a los terratenientes leales a Londres. El objetivo, en el primero de los casos, fue hacerse con las tierras de los nativos, y aquí actuó como una de las fuerzas motrices, quizá por primera vez, el racismo. Pero, en 1676, la rebelión fue una lucha contra la esclavitud sostenida por los siervos y los africanos, a quienes Bacon había prometido

la libertad (MORGAN, 2009; LINEBAUGH y REDIKER, 2005).

Los terratenientes aprendieron la lección, y de inmediato proliferaron las normas dirigidas a segregar a ambos grupos de explotados. A los blancos pobres se les proporcionó algunas ventajas, mientras se intensificaba la explotación y la opresión sobre los negros, con la inestimable ayuda de un racismo cada vez más explícito. Así, por ejemplo, en un llamativo ejercicio de cinismo, los piadosos colonos llegaron a oponerse desde muy pronto a la evangelización de los esclavos, con el beneplácito del clero; no en vano, desde el racismo se reificaba a los negros afirmando que, si además de constituir una mercancía, al ser infieles podían ser también objeto de propiedad (WILLIAMS, 2011), lo cual se podría interpretar también en sentido contrario.

Además, al estipular que el bautismo no constituiría cambio alguno en la condición de los esclavos, el cristianismo dejó de ser atractivo para éstos, mientras que los colonos, por su parte, debían de tener la conciencia más tranquila esclavizando paganos; y también el sueño, ya que, por lo visto, los esclavos conversos se creían el mensaje igualitario cristiano, volviéndose «orgullosos». A ello se añadía que la conversión hacía necesaria la instrucción en inglés, facilitando el acuerdo (y por tanto la sedición) entre negros de distinta lengua y entre éstos y los blancos. Aunque estas restricciones pudieran ser justificadas por un racismo que ponía en duda la humanidad del

negro, resulta obvio que la principal preocupación de los plantadores era cortar todo vínculo entre los esclavos y los blancos pobres (MORGAN, 2009; WILLIAMS, 2011).

Por otra parte, el incesante incremento de la mano de obra africana, y el consiguiente predominio absoluto de la gran plantación esclavista, permitieron sustituir en los campos a los siervos blancos. Estos, privados también de la posibilidad de establecerse por su cuenta, dado que los terratenientes aprovecharon su inmenso poder político para acaparar las tierras disponibles, pasaban a engrosar la expansión hacia el oeste una vez liberados, reduciendo la clase explotada a los sometidos africanos.

En cuanto a los pequeños plantadores, fueron objeto de una política populista, consistente en la ampliación de los derechos políticos a esta capa, que no obstante vio incrementarse sin cesar su dependencia económica frente a la capacidad logística de la gran plantación. De esta manera, los terratenientes pudieron imponer su hegemonía y conservar el poder político, mientras el racismo y la segregación aseguraban el modelo de sociedad que habían construido. Más aún, la solidez de este modelo social era tal –gracias a que la inmensa mayoría del proletariado estaba esclavizada, y además segregada de sus hermanos de clase– que, de acuerdo con Edmund Morgan, fue posible promover un conjunto de libertades republicanas que, en otra situación social, con una masa trabajadora libre, habrían resultado muy peligrosas para el orden

social. De ahí que, según este autor, fue la presencia de la mano de obra de origen africano la que, a la larga, hizo posible que los virginianos acabaran siendo los paladines de las libertades y la independencia en las Trece Colonias.

Permítaseme prolongar, por los motivos expuestos al principio, la referencia a la experiencia afroamericana. La historia demuestra que Mbembe tiene razón cuando afirma que en la democracia liberal pueden convivir la igualdad formal con los prejuicios que llevan al opresor a despreciar a los antiguos esclavos, incluso mucho tiempo después de su liberación, por lo que no puede haber igualdad real sin la destrucción de ese prejuicio, ya que «por más que la ley haga de él un igual, el negro jamás será un semejante» (MBEMBE, 2016, 145).

Es sabido que, poco después del período de Reconstrucción, por el que el Norte impuso al Sur el nuevo orden surgido de la Guerra Civil norteamericana, fueron imponiéndose las llamadas leyes Jim Crow (1876-1965), que imponían la segregación residencial y la privación de derechos políticos a los negros. Vale la pena recordar, respecto a este punto, que tales medidas fueron desarrolladas antes en las ciudades en el norte, y que una práctica tan abyecta como el linchamiento fue más frecuente en los estados occidentales que en la antigua zona confederada, por lo que resulta evidente que el “problema negro” no era exclusivo del Sur (RILEY, 2014).

Las leyes Jim Crow buscaban separar a negros y blancos, pero llevando a cabo la

explotación continua de la población negra y haciendo imposible su ascenso social. Paralelamente, los afroamericanos eran sometidos al terror que imponían bandas como el Ku Klux Klan, y a la presión cotidiana de los medios de comunicación (PERCEVAL, 2013).

Pese a todo, a partir de 1892, el Partido del Pueblo consiguió tejer una alianza interracial que, al igual que había ocurrido en el siglo XVII, aterrorizó al bloque dominante al articular un programa de solidaridad racial basado en intereses de clase. Y es que, como afirmaba su líder Tom Watson, a negros y blancos «se les hace odiarse mutuamente porque sobre ese odio descansa la piedra angular del despotismo financiero que los esclaviza a ambos. Se les engaña y ciega de modo que no puedan ver cómo ese antagonismo racial perpetúa un sistema monetario que les convierte en mendigos a los dos». En 1894, a pesar del fraude electoral, consiguieron dos escaños en el Congreso y numerosos puestos en las asambleas estatales (SMITH, 2015, 79).

De nuevo, la respuesta fue la segregación. Pero, a diferencia de lo ocurrido a finales del XVII, ahora los blancos, lejos de ser *incorporados*, también se verían atacados por las nuevas medidas. Al fin y al cabo, téngase en cuenta que sus homólogos pobres del XVII fueron impelidos a emigrar. Posiblemente la diferente estructura de clases fuera el factor determinante de estas diferencias: era relativamente fácil, desde una perspectiva tanto de clase como racial, conseguir el *consenso* de los

pequeños plantadores que quedaron en la Virginia del XVII junto a la oligarquía terrateniente y frente a la masa de esclavos. Sin embargo, en la ola antioligárquica que sacudió a unos Estados Unidos inmersos en la industrialización, con una clase obrera multiétnica en rápido crecimiento, era complicado articular una hegemonía sólida, por lo que las élites optaron por la coerción más brutal para asegurar su dominación de clase y controlar la fuerza de trabajo.

Así se demostraría durante la huelga de Nueva Orleans (1892), donde la clase obrera casi al completo se puso en huelga contra el odio racial, y que tuvo que retirarse ante la amenaza del uso de la fuerza militar. En 1907, una nueva movilización sindical birracial bloqueó el puerto de la ciudad, venciendo esta vez. Los políticos locales concluyeron que «uno de los grandes inconvenientes para Nueva Orleans es que las razas blanca y negra trabajan en términos de igualdad», por lo que recomendaban la segregación racial (SMITH, 2015, 82).

Pese a todo, el populismo que, de acuerdo con E. Morgan, levantaron los plantadores virginianos, aún tendría larga vida, y de hecho puede ser rastreado hasta hoy, aunque no llegaremos tan lejos. Según Ira Katznelson, los demócratas segregacionistas del Sur apoyaron y modelaron la política del *New Deal*, hasta el punto de poderse afirmar que la democracia liberal prosperó gracias a la alianza establecida entre aquéllos *Dixiecrats* y Roosevelt, que toleró la segregación y el terror racista

(RILEY, 2014). Así, se generaba un consenso en torno al sistema económico y político, a costa de la discriminación de los afroamericanos. De acuerdo con Riley, las medidas del *New Deal* a favor de los sindicatos despertaron el temor a una nueva alianza por abajo, y la expansión de la CIO hacia el Sur, en 1946, acabó de erosionar la alianza que los sectores sureños habían mantenido con otras fracciones del bloque dominante: los intereses industriales del noreste y del oeste. De nuevo, el objetivo de controlar la fuerza de trabajo determinaba la reorganización del equilibrio de fuerzas políticas (RILEY, 2014).

3. La contribución africana al desarrollo del capitalismo

Hasta aquí, nos hemos centrado en el establecimiento de la esclavitud en América a costa de los africanos. Eric Williams sentenció que, «sin ella, el gran desarrollo de las plantaciones de azúcar del Caribe, entre 1650 y 1850, hubiera sido imposible» (WILLIAMS, 2011, 61). Pero no cumpliríamos nuestro objetivo si no abordásemos, a continuación, la manera en que ello repercutió en la acumulación capitalista y, consiguientemente, en los inicios de la industrialización europea y la «gran divergencia» con el resto del mundo.

Demasiado a menudo, parece como si la economía europea hubiera funcionado como un sistema independiente a lo largo de la historia del capitalismo. Es cierto que se suele hacer

mención del “comercio triangular”, pero sin establecer sus conexiones con el desarrollo de la industrialización, que se presenta como si fuera exclusivamente el resultado de fuerzas endógenas (muy importantes, como el mercado interno, o la reinversión de los beneficios industriales), y como si no tuviera conexiones internacionales salvo en lo que respecta a su expansión y consecuencias, pero desde luego no en su origen. Ya hemos apuntado una posible explicación de esta ocultación, así que ahora toca repasar algunos hechos que nos permitan abordar de otra manera esta historia.

Para empezar, el oro africano financió la actividad marítima que llevó a los portugueses desde el siglo XV, y a los holandeses a partir del XVII, hasta el Índico, lo cual tendría una importancia crucial, como ya se ha apuntado. Más aún, el oro y la plata de América, extraídos de las minas por africanos una vez que españoles y portugueses hubieron diezmando a la población nativa, proporcionaron el numerario que requería una economía europea en plena internacionalización para sus intercambios con Asia, donde conseguía especias y algodón, especialmente. Resulta paradójico que la misma mano de obra que extrajo la plata con la que se adquiriría el codiciado algodón indio sirviera, algún tiempo después, para producir algodón en una escala tal que permitió desbancarlo de su posición dominante en los mercados y, finalmente, sustituirlo por las manufacturas británicas; un hecho que, además de no haber servido a los africanos más que para perpetuar

su sometimiento, da cuenta de la asombrosa capacidad del capital europeo para reorganizar y combinar espacios, mano de obra y producción, que finalmente le otorgaría el predominio indiscutible en la producción y distribución globales, como ha enfatizado Sven Beckert.

Pero hay otros ejemplos de la aportación de África a la acumulación capitalista en su fase temprana. Así, por ejemplo, Eric Williams se preguntaba: «¿Qué hombre, en las primeras tres cuartas partes del siglo XVII, se hallaba más capacitado para proveer el capital en efectivo que un colono azucarero de las Antillas o un traficante de esclavos de Liverpool?» (WILLIAMS, 2011, 153). Y, en efecto, aunque ya se ha mencionado el impulso temprano que dio la demanda africana a las manufacturas africanas, lo más decisivo en una primera etapa, en lo que interesa a este trabajo, serían los numerosos vínculos que relacionan la esclavización de los africanos (ya sea a través de la trata o de las plantaciones) con los capitales que financiaron la industrialización. Ello no es de extrañar, dada la fabulosa rentabilidad que proporcionaba el tráfico de seres humanos, que con sus beneficios cercanos al 30% superaba al muy importante comercio de las Antillas.

Eric Williams puso numerosos ejemplos de «la transición de traficante a comerciante y luego la subsiguiente progresión de comerciante a banquero» que se observa en la Inglaterra del siglo XVIII. El mismo banco Barclay's tiene su origen en los beneficios obtenidos por sus fundadores en el tráfico de esclavos a mediados

del siglo XVIII. La aseguradora Lloyd's también se involucró en la trata, y fue el tráfico de los productos de las plantaciones antillanas el que financió la máquina de vapor de Boulton y Watt. También el magnate del hierro Anthony Bacon suministró negros a las Antillas. (WILLIAMS, 2011).

África aportó materias primas que engordaron el capital mercantil al tiempo que servían para desarrollar las manufacturas europeas, como la goma, las tinturas o el marfil. La explotación de los africanos en las Antillas propulsó el tráfico de productos coloniales que, como el azúcar, generaron sus propios procesos industriales. El trabajo esclavo en Norteamérica permitió triplicar las importaciones de algodón bruto entre 1700 y 1780, y multiplicar por quince las exportaciones de tejidos de esta fibra. En términos de valor, estas exportaciones pasarían de uno a treinta y un millones de libras entre 1785 y 1830 (WILLIAMS, 2011).

Este desarrollo del tráfico de algodón cultivado por esclavos fue el combustible que permitió expandir la industria textil hasta límites inimaginables por entonces. Si antes, como ya se ha dicho, la demanda africana había estimulado a los británicos a idear nuevas técnicas que les permitieran adquirir cada vez más esclavos, con el tiempo, el trabajo de éstos en los campos americanos resolvió los estrangulamientos de la mano de obra y de la producción de algodón bruto, dando alas a la manufactura inglesa para inundar el mundo con sus productos. Como dice Beckert, «la enorme brecha abierta entre los

imperativos de las manufacturas mecanizadas y las capacidades productivas de la agricultura premoderna exigían que este nuevo capitalismo contuviera la esclavitud en su médula misma», para poder expropiar violentamente la fuerza de trabajo necesaria (BECKERT, 2016, 114).

Así, los envíos desde Estados Unidos supusieron menos del 1% de las importaciones británicas de algodón entre 1786 y 1790, pero aumentaron hasta las tres cuartas partes en 1826-1830 y a los cuatro quintos en 1845-1850. Mientras tanto, las Antillas británicas recorrieron el camino inverso, pasando de enviar el 70% del algodón requerido a menos del 1% en el mismo período. La importancia de la incorporación de los africanos esclavizados a las plantaciones de algodón puede observarse si consideramos que Inglaterra tardó los primeros setenta años del XVIII en duplicar su producción anual de algodón transformado (hasta las 1.750 toneladas), mientras que, en 1858, los EEUU exportaban esa cantidad de algodón bruto diariamente.

Por lo demás, de nuevo la demanda africana (esta vez en la diáspora) constituyó un importante nicho para la industria inglesa, cuyas “camisas para negros” viajaban desde Manchester hacia los amplios mercados que suponían las grandes concentraciones de esclavos en Brasil y EEUU (BECKERT, 2016, 66; WILLIAMS, 2011, 190).

Asimismo, el comercio atlántico estimuló el desarrollo tecnológico europeo en el campo naval y produjo el crecimiento de

grandes puertos dedicados a la trata, como Liverpool, Bristol, Nantes y Burdeos, que más tarde cumplirían un papel de primer orden en la industrialización. En efecto, después de haber mostrado escaso interés por el tráfico de esclavos, la liberalización de este comercio en 1698, y luego el control del transporte de negros a las colonias españolas (que sería fundamental por su aportación de metálico a la economía inglesa), fueron el inicio de un fulgurante crecimiento de esta actividad en los puertos británicos: de los comerciantes de esclavos registrados en 1755, 237 eran de Bristol, 147 de Londres y 89 de Liverpool.

Este último puerto, que después sería decisivo para la industrialización inglesa, unió durante mucho tiempo su prosperidad al esclavismo, hasta convertirse en el puerto más grande dedicado a esta actividad en el Viejo Mundo: si en 1709 sólo el 1% de sus barcos se dedicaba a la trata, en 1771 sus 107 naves negreras ya suponían la tercera parte de todas las que operaban en su puerto. A finales del XVIII, «Liverpool gestionaba cinco octavos del tráfico británico de esclavos y tres séptimas partes de todo el tráfico esclavista europeo». Unos años después, el algodón norteamericano pasó a ocupar su lugar: en 1833, el 90% de las importaciones británicas de algodón entraban por su puerto (WILLIAMS, 2011, 69 y 236). Pero ello no supuso el fin de la intervención inglesa en la trata: después de la abolición de la esclavitud en el Imperio, las mercancías y los capitales británicos siguieron sirviendo para la

compra de esclavos africanos destinados a las plantaciones de Cuba y Brasil, y en 1843 las empresas británicas comerciaron con tres octavos del azúcar, la mitad del café y cinco octavos del algodón exportados desde los principales puertos del Brasil esclavista (WILLIAMS, 2011, 249).

El comercio africano, así como el tráfico de mercancías producidas con el trabajo de los africanos esclavizados, ayudó a fortalecer los nexos entre las diferentes economías europeas, que intercambiaban y reexportaban diferentes productos dirigidos a África o procedentes de América. Si a este proceso de integración le sumamos el papel que tuvo África en el impulso hacia la decisiva mecanización del sector textil, podemos estar de acuerdo con Rodney en que «el contacto con África no solamente contribuyó a un crecimiento económico (cuantitativo), sino también a un desarrollo verdadero y exponencial de la capacidad de crecimiento e independencia» (RODNEY, 1982, 105). Algo parecido podría decirse si abrimos la lente para incluir a los Estados Unidos en el análisis, dada la importancia que tuvo para su economía la exportación de materias primas producidas con trabajo esclavo, y fundamentalmente el algodón. La necesidad de exportar la creciente producción textil algodонера, además, orientó los intercambios británicos hacia el libre comercio, como mostró Eric Williams en su interesante estudio sobre la compleja relación entre abolicionismo y librecambismo (WILLIAMS, 2011). Además de esto, y de lo ya

apuntado sobre las consecuencias políticas de la presencia africana en su suelo, habría que considerar el impulso que este comercio y la trata dieron a la construcción naval, el desarrollo urbano y la explotación más eficiente de los recursos. Y también merece la pena recordar que el trabajo negro estimuló la extensión del control europeo sobre el territorio norteamericano, al impulsar tanto la expansión de las plantaciones hacia el Mississipi como la emigración de los blancos pobres, desplazados por este sistema de producción, hacia el oeste (RODNEY, 1982, 106; BECKERT, 2016).

4. La construcción del explotado

A medida que Europa vaya ocupando un lugar predominante en el mundo, construirá clasificaciones y descripciones que sitúen a las poblaciones que van cayendo bajo su férula. En esas elaboraciones, el concepto de “raza”, con origen en la zoología, será utilizado para nombrar a las humanidades no europeas, representándolas de esta manera como seres inferiores. No debe de ser casual el hecho de que el origen del racismo científico se halle en la misma época (1676) en que siervos y esclavos fueron derrotados en América, dando lugar a una reestructuración del proletariado colonial (LINEBAUGH y REDIKER, 2005, 164). Ese argumento biológico sería desarrollado por Locke y Hume, el segundo de los cuales afirmarí:

«Me inclino a sospechar que los negros son por naturaleza inferiores a los blancos. No hubo allí apenas nación civilizada de esa categoría; ni tampoco un individuo eminente en pensamiento o en acto. [...] Diferencia tan uniforme y constante no hubiera tenido lugar [...] si la naturaleza no hubiera establecido originalmente una distinción entre estas razas de hombres» (CHUKWUDI EZE, 2001, 55-56).

A lo que añadía Hegel:

«La nación civilizada (Europa) es consciente de que los derechos de los bárbaros (africanos, por ejemplo) no son iguales a los suyos, y considera su autonomía sólo como una formalidad» (CHUKWUDI EZE, 2001, 59).

No me resisto a hacer notar que, mientras que en algunos libros de texto se cita el texto (generalmente amputado) de Marx sobre el significado “positivo” de la colonización británica de la India, no suele aparecer el racismo de Hegel, Hume o Voltaire: tal vez porque ello pondría en cuestión el conocido relato sobre el feliz e ineluctable viaje del capitalismo liberal hacia el bienestar de la humanidad, en progresión lineal a través de sucesivos avances económicos, políticos, tecnológicos y sociales.

Como quiera que sea, la cuestión es que, mediante la raza, se cosifica y somete a quienes se pretende estigmatizar, excluir o eliminar. El racismo aparecería, entonces, para justificar la explotación que ya se estaba produciendo, hasta confundirse con ella como dos formas de

opresión inseparables. La dominación de raza, por su parte, se vería justificada por todo un conjunto de discursos y prácticas que Mbembe ha denominado «razón negra». Las consecuencias políticas de esta distinción, en Estados Unidos en particular (puesto que la esclavización de un pueblo por otro necesariamente produce un sentimiento de superioridad), serán muy considerables y se prolongarán durante trescientos años, hasta el punto de que sus efectos siguen siendo palpables en ese país. Entre ellas está, como señala Mbembe, la construcción paralela del “blanco” con el objetivo sociopolítico, ya mencionado, de minar la solidaridad de clase entre negros y blancos pobres en territorio norteamericano, antes y después de la independencia (MBEMBE, 2016, 54—79; MORGAN, 2009; SMITH, 2015).

Se va construyendo así una determinada concepción del negro, «una ganga compuesta de tonterías y fantasías», en la que priman la vivacidad, la alegría, la estupidez, cuerpo, color, olor, sensaciones. «Y si también es fuerza –dirá Hegel–, no podrá tratarse más que de fuerza bruta del cuerpo, excesiva, convulsiva, espasmódica y refractaria al espíritu; onda, rabia y nerviosidad al mismo tiempo, cuya característica particular es suscitar asco, miedo y pavor» (MBEMBE, 2016, 83-84). ¿Alguien podría asegurar que tales estereotipos no son familiares a nuestros alumnos?

El colonialismo se encargaría de extender la idea de un continente de caníbales,

salvajismo, esclavitud y guerra sin fin, poniendo el acento en la trata árabe, con base en torno a Zanzíbar, como justificación de su expolio. Sin embargo, como indicaba Walter Rodney, la trata atlántica no sólo fue mucho más importante, cuantitativa y cualitativamente, que la árabe que la precedió y con la que compitió, sino que constituyó además una respuesta a factores externos: las necesidades de las compañías y plantaciones americanas. Más aún, la mayor parte de los africanos capturados por árabes en el este de África tenían como destino las plantaciones que poseían los europeos en los archipiélagos del Índico, o bien las de los árabes en las que, como ocurría en Zanzíbar, cultivaban el clavo que demandaban los comerciantes europeos.

Sea como fuere, sin embargo, a través de ese discurso se encontraba una fácil justificación para imponer, fuera de la «esfera interna» que representaba la «civilizada» Europa, mecanismos de dominación que habrían sido impensables en las relaciones entre estados y sociedades que se preciaban de su base racional. El derecho, la ley, la propiedad, los tratados internacionales y el resto del aparato superestructural europeo no serían aplicables a la otra esfera, la «externa», en la que reinaba, según consideraban las corrientes de pensamiento dominantes, el estado de naturaleza, y cuyas poblaciones no eran consideradas como parte de la humanidad, o al menos de la *misma* humanidad; en ellas sólo tendría sentido el derecho del más fuerte, eso sí, y el expolio, la expropiación, la aniquiliación, la

privatización de la tierra y el esclavismo eran justificados con objetivos tan loables como el libre comercio y la evangelización (BECKERT, 2016).

A partir de estas consideraciones, y teniendo en cuenta que el capitalismo implica como sistema un aspecto ideológico, adquiere pleno sentido la afirmación de Rodney de que «el racismo blanco que ha llegado a penetrar al mundo es parte integral del modo de producción capitalista» (RODNEY, 1982, 107-108).

La imagen de caos e inseguridad general con que los europeos justificaron su «misión civilizadora» a finales del siglo XIX no era real. Incluso en los tiempos de la trata y la acumulación originaria de capital, diversos estados africanos pudieron dirigir el rumbo de su política, hasta el punto de mantener ejércitos africanos, definir su propia ideología y cultura, asegurar a sus súbditos y, en consecuencia, seguir evolucionando. Es lo que ocurrió, por ejemplo, con los yoruba en la actual Nigeria, claramente orientada hacia el surgimiento de algo parecido al feudalismo. Incluso hubo algunos casos, como el de Asante (en la actual Ghana), cuya intervención en el tráfico de esclavos, al dirigirse contra otros pueblos y no cebarse en su gente, favoreció la expansión y el fortalecimiento del estado, hasta el punto de crear serios problemas a los ingleses cuando éstos trataron de someterlo. Algo parecido sucedió en el militarizado estado de Dahomey, que, tras fracasar en su intento de

desembarazarse de la dependencia hacia la trata, fue capaz de empresas como la realización de un censo de población, la acción diplomática, un sistema de inteligencia, la promoción de las artes e, incluso, la formación de un cuerpo de combate compuesto por unas 5.000 amazonas a mediados del XIX.

También en el este del continente, en la zona de los grandes lagos, lejos de la esfera de influencia de los traficantes de esclavos, surgieron florecientes estados, como el de Buganda o el virtualmente feudal de Ruanda, que sorprendieron a los europeos. En aquella zona, la población autóctona pudo seguir desarrollándose gracias a la escasa incidencia extranjera y la lejanía de las redes de la trata, hasta el punto de llegar a superar las barreras étnicas para constituirse como nación con intereses comunes a las distintas clases o castas (RODNEY, 1982, 153).

Algo parecido sucedió en el sur, donde encontramos la figura de Shaka, el dirigente zulú que un biógrafo europeo llegó a equiparar con Napoleón y Julio César. La obra de Shaka consistió en desarrollar un estado que promovió la unidad nacional, dispuso de un ejército eficaz, redujo todo lo posible los conflictos internos y que promovió el máximo aprovechamiento de los recursos. Shaka promovió una importante reforma del armamento y las tácticas, que convirtió a los zulúes en una máquina militar cuyas conquistas buscaron conscientemente la integración de los vencidos como zulúes (KI-ZERBO, 2011, 532). Vemos, por tanto, que ni

siquiera la conciencia nacional fue un “resultado positivo” promovido por la dominación colonial, sino que ya había encontrado terreno fértil en diversas regiones africanas. El éxito de la empresa de Shaka lo demuestra el que ese reino llegara a derrotar a los ingleses, aun cuando ya se hallaba muy debilitado, en la batalla de Isandlwana (1876), casi medio siglo después de su muerte. Con razón remarcó Ki-Zerbo (2011, 535) que Shaka fue «la refutación viva del mito del “negro incapaz de innovar y cambiar el curso estereotipado de la tradición”».

A estas experiencias aún cabría añadir los estados musulmanes del Sahel, donde la guerra santa fue frecuentemente un motor de integración política, como en el caso de Usman dan Fodio, Al Haj Omar y Samori Turé, a lo largo del XIX. Los dos últimos se enfrentaron a los franceses y tuvieron la desgracia de convertirse en objetivos principales de aquellos. Como recuerda Ki-Zerbo (2011, 591), tal vez la imperiosa necesidad de armas para hacer frente a las ofensivas colonialistas explican la profunda rabia de sus cacerías de esclavos: «Era una cuestión de vida o muerte».

En la mayor parte de los reinos occidentales, por el contrario, al no mantener a sus propios súbditos a salvo de la captura, la trata impulsó un estado de guerra, inseguridad y tensión interna permanente que, sumado a la presión musulmana en el norte, conduciría finalmente a la caída de estas unidades políticas. A ello se añadía el hecho de que la guerra reforzaba la demanda de armas de fuego, y en

consecuencia la necesidad de conseguir seres humanos para intercambiarlos por ellas, lo que repercutiría gravemente en la base socioeconómica de estos territorios. El régimen colonial daría el golpe de gracia, al despojar a los africanos de la soberanía que les podría haber permitido enderezar su evolución política y económica. No en vano, la colonización europea de finales del XIX fue, en el golfo de Guinea, en parte una respuesta a los intentos nativos de acabar con su dependencia hacia la trata y las exportaciones a Europa.

Resulta obvio que tampoco podemos caer en el afán ingenuamente “demostrativo”, de descubrimiento, al que se refiere Triulzi, como si nos encontráramos ante el lugar de candor al que se refería el racismo ilustrado. Son bien conocidos, por el contrario, los mecanismos de control social y las desigualdades que se dieron en el África precolonial (TRIULZI, 1984). Pero lo cierto es que la dominación europea continuaría socavando los procesos de formación de estados nacionales mediante la imposición del “principio de raza” y clasificando, jerarquizando y asegurando la integridad, la “pureza” de cada una de las poblaciones, para mantenerlas enfrentadas continuamente; tanto da si estas “razas” eran fabricadas (Mbembe, 108), o si se basaban en diferencias preexistentes reales en cuanto a economía, política o cultura (Iniesta?).

Las vanguardias artísticas de los años veinte también cumplirían su parte en la elaboración de una visión racista de África, al

considerarla como el reino de lo mágico-religioso: un reflejo de los anhelos de los europeos de posguerra, que soñaban con un vitalismo sin barreras ni culpas tras la barbarie del período bélico. En realidad, la creencia en una «mentalidad salvaje» postraría a África en una infancia del mundo, reproduciendo la diferenciación ilustrada entre este «pensamiento primitivo» y la racionalidad de las sociedades “civilizadas” —exclusiva de las sociedades blancas—, y por tanto la distinción entre “razas superiores” y “razas inferiores” (MBEMBE, 2016, 87, 408).

Es un lugar común en las asignaturas de Historia contemporánea el análisis de algunos testimonios que exponen las justificaciones que en su momento dieron los europeos al imperialismo: Jules Ferry, Cecil Rhodes, Joseph Chamberlain... No es tan corriente, sin embargo, que examinemos la forma en que tales perjuicios han sobrevivido y se han transmitido a través del tiempo, hasta condicionar nuestra propia conciencia. Es necesario, por tanto, abordar aunque sea mínimamente la crítica de nuestra propia cultura, empezando por el proceso por el cual se ha construido el conocimiento académico del que se nutre el currículo. Veremos a continuación unos pocos ejemplos de materiales con los que podemos introducirnos en este problema.

Se ha dicho que la “historia de África” consistió en realidad, al menos hasta los años cincuenta, en «la historia de los europeos en África» (TRIULZI, 1984, 212). Así sucedía,

desde luego, en las escuelas coloniales con el objetivo de separar a los africanos de sus raíces y su cultura; pero algo similar puede rastrearse en cierta historiografía más reciente, que parece arrastrar los prejuicios eurocéntricos propios de la historiografía colonial. De este modo, en una obra del prestigioso Pierre Renouvin, podemos leer una idílica descripción del imperialismo:

«Europa [...] orienta la actividad de los demás continentes: por un lado impulsa la explotación de los propios recursos de cada país, imponiendo sus métodos de producción, su ritmo de trabajo y organizando el sistema económico bajo su dirección; por otro les provee bien sea de la mano de obra o de los cuadros necesarios para poner en funcionamiento la técnica “occidental”; finalmente trata de modelar a su imagen estas antiguas sociedades» (RENOUVIN, 1990, 9-10).

Claro que el efecto de esta imagen palidece ante otra que, en la misma página, explica la expansión de la influencia europea por «el aumento de la población del continente europeo, [...] el incremento de la producción industrial [...] el progreso del nacionalismo; el sentimiento de superioridad que proporciona al hombre blanco, *sus cualidades intelectuales* [...]» (el subrayado es mío).

En correspondencia con ello, en los libros de texto no sólo es raro encontrar una línea interpretativa similar a la que aquí exponemos; incluso es posible advertir silencios y rectificaciones que llaman la atención. Sin afán de exhaustividad, porque no es el objetivo de

este trabajo, podemos poner el ejemplo de los libros de *Historia del Mundo Contemporáneo* de la editorial Bruño. En ellos, aunque se menciona el capital mercantil, no aparece asociado a la esclavitud; y cuando ésta es mencionada, no en el cuerpo del texto sino en un recuadro, se limita sus beneficios a los aportados por la trata, sin hacer explícita su participación en el suministro de las materias primas. Por otra parte, a la hora de corregir una errata entre las ediciones de 2005 y 2008, se ha optado por dejar la fórmula «El tráfico esclavista fue uno de los *elementos* que *activaron* la industrialización», en lugar de «El tráfico esclavista fue uno de los *motores* económicos que *promovieron* la industrialización» (el subrayado es mío). Todo ello corresponde, evidentemente, a una visión conscientemente limitada de la repercusión de la esclavitud en el proceso industrializador (BUENO MARTÍN et al., 2005, 33; 2008, 25). No obstante, de entre la muestra de volúmenes en los que hemos hecho esta pequeña cata, es el único que menciona explícitamente la relación entre comercio colonial, capital industrial y esclavismo.

Claro que, en el libro de Anaya para la LOE, el silencio era aún más clamoroso, al limitarse a una ligera mención de las colonias, a lo que se añade que el nacimiento de la industria se produjo «sobre la base de una materia prima, el algodón, que no se producía en el propio país» (Prats et al., 2008, 47-48). En otros casos, aparece alguna breve mención del comercio colonial, pero ni siquiera se habla del comercio

triangular, o bien éste es incluido en la unidad sobre el Antiguo Régimen.

Es evidente, pues, que Sven Beckert acierta al señalar que «en nuestro afán de fabricarnos un capitalismo más noble y más limpio también hemos preferido construir con excesiva frecuencia una historia del capitalismo despojada de las realidades de la esclavitud, la expropiación y el colonialismo» (BECKERT, 2016, 19). Por eso, si queremos dejar de mirar hacia otro lado, es necesario que dejemos hablar a sus víctimas, como hemos señalado anteriormente, contribuyendo a devolverles la historia que les negó el colonialismo.

No está de más apuntar, en fin, que la visión colonialista de África no fue privativa de los blancos, y ahí hemos de dar la razón tanto a Mbembe, cuando cuestiona «la ficción de unidad que lleva implícito» el término “negro”, como a Frantz Fanon cuando alertaba sobre lo infundado de las teorizaciones basadas en la “negritud” y el panafricanismo, por desatender los condicionantes “nacionales” que, ya en su tiempo, empezaban a trazar caminos distintos para los pueblos hasta entonces comúnmente explotados por los europeos (MBEMBE, 2016, 63; FANON, 1999, 169).

En efecto, durante el siglo XIX menudearon los proyectos para trasladar a una parte de la población libre afroamericana al continente negro (a Sierra Leona, por ejemplo), y para ello se partía del rechazo racista –y el miedo de clase– de los blancos, en primer lugar, para emprender una deportación, pero también

de planteamientos colonialistas entre los propios negros que no se diferenciaban mucho de las ideas europeas sobre África y sus pobladores. Alexander Crummel, por ejemplo, partía del parentesco común entre los africanos (sumidos en las tinieblas) y los afroamericanos para justificar el acceso de éstos a la explotación de las enormes riquezas del continente: ese papel de intermediario y colaborador del régimen colonial será también el de la República de Liberia. Claro que, en quienes hacían este tipo de propuestas, predominaba la identificación con Norteamérica, cuya civilización contraponían a unos “hermanos africanos” notoriamente menos evolucionados a los que había que regenerar (MBEMBE, 2016, 46, 65 y ss.).

5. Una “misión civilizadora” que lleva... al subdesarrollo

Resulta difícil medir el grado de destrucción que provocaron los europeos en África. Ya para empezar, no hay acuerdo sobre el número de africanos que fueron víctimas de la trata, a partir del cálculo de los diez millones aproximadamente que llegaron vivos a las costas americanas, dada la elevada mortalidad que se registraba en el viaje o «pasaje intermedio» (entre un 15 y un 20%) y la imposibilidad de estimar las muertes producidas por el proceso de captura (guerras, frecuentemente) y en el traslado hasta la costa; de ahí que no parezca exagerada la cifra de entre quince y treinta millones de personas trasladadas a la fuerza (PERCEVAL, 2013, 152), o incluso los ocho

que menciona Beckert, refiriéndose seguramente a los que *llegaron* a América (BECKERT, 2016, 60). Sin embargo, lo más relevante es que esta masa humana estaba formada por los individuos más aptos para el trabajo y la procreación, y además fue arrancada de África en un momento de recuperación de la vitalidad de muchas de sus formaciones sociales. A esto se debe, muy probablemente, el sorprendente estancamiento demográfico que sufrió África en comparación con el resto del Viejo Mundo (RODNEY, 1982).

A las pérdidas demográficas, que supusieron una merma de la capacidad de dominar la naturaleza por los africanos, se suma el clima de inseguridad desencadenado por el comercio de esclavos, que lanzó a numerosas comunidades a la guerra como única forma de conseguir los seres humanos con los que adquirirlos ansiados bienes europeos. Pero lo más grave fue, quizás, que la mayor parte de las regiones afectadas por la trata gozaban de un desarrollo alto en comparación con el resto del continente, y que quedó malogrado por el desvío de energías hacia una actividad tan destructora, en lo económico pero también en el aspecto moral, como la caza de seres humanos. Ello debió de repercutir, sin duda, tanto en la agricultura como en las interacciones con otras zonas del continente, aun cuando no se vieran directamente afectadas por la trata. Por otra parte, varios de los bienes europeos, como los textiles, competían con la producción africana,

condenándola, sin contribuir al proceso productivo.

Rodney ha llamado la atención sobre el hecho de que la tecnología europea no era excesivamente superior al resto, salvo en campos esenciales como la navegación y las armas de fuego, y lo prueba el que, durante mucho tiempo, los europeos tuvieron que ofrecer para sus intercambios algodón indio u otros bienes de consumo de diferentes zonas de África. Pero, con el tiempo, la brecha tecnológica se iría profundizando, y en ello jugarían un papel importante tanto el control europeo de los intercambios internacionales, ya aludido, que permitiría acceder a la tecnología de otras sociedades –y, al mismo tiempo, aislar a África–, como el estrangulamiento de las manufacturas africanas, que impidió su desarrollo técnico.

Como, además, ese control permitió a los blancos orientar la producción africana hacia actividades que no requerían transferencias de tecnología, se puede hablar incluso de una auténtica «regresión tecnológica» en algunos casos. Pero aquí cabría señalar, además, que si no hubo un intercambio tecnológico con Europa no fue precisamente por falta de voluntad de los líderes africanos, que solicitaron con frecuencia el acceso a las técnicas y conocimientos europeos, sin recibir jamás una respuesta positiva. Ese fue el caso del Congo y Etiopía en el siglo XVI, y de Dahomey y Asante en la primera mitad del XVIII: unos estados que, en el momento respectivo, exhibían una

notable vitalidad y que no habrían tenido mayor dificultad en incorporar las técnicas europeas, reduciendo la brecha tecnológica con los blancos; un hecho que éstos, desde luego, no estaban dispuestos a permitir, en especial si se trataba de la manufactura de productos coloniales o la fabricación de armas de fuego, como solicitaron algunos reyes del África Occidental a principios del siglo XIX. Una actitud que no cambió mucho tras las descolonizaciones. Europa, en definitiva, sólo introdujo en África los elementos de su cultura material indispensables para asegurar una explotación más eficaz de los recursos, impidiendo un desarrollo propio que condujera a un crecimiento autosostenido (RODNEY, 1982, 123 y ss.).

En otro orden de cosas, si África contribuyó a una mayor integración de las economías europeas, no ocurrió lo mismo en sentido contrario. Antes bien, al forzar una relación bilateral con las metrópolis, las potencias ocupantes rompieron todo vínculo preexistente entre los territorios africanos; y, al orientar las actividades productivas hacia la exportación de bienes y, sobre todo, personas a Europa, impidieron la formación de otros nuevos y, por tanto, la integración de las economías del continente, además de forzar a los africanos a una relación de dependencia hacia las redes comerciales europeas. Las tradicionales relaciones del Sudán Occidental con el África Occidental y las tierras del norte, al igual que los contactos entre árabes y

mandingas, quedaron cercenados por la intervención de los portugueses, que también se hicieron con el control del comercio en el Congo y Angola, así como el existente entre árabes y swahilis en el África Oriental. Una vez más, y ya desde el siglo XV, la superioridad marítima, la capacidad de organización, el conocimiento de las redes de intercambio y, desde luego, el uso de la fuerza fueron determinantes para imponer el dominio de los europeos, asegurando la subordinación y dependencia que, desde entonces, caracterizará las relaciones de África con aquéllos.

Con justicia, por tanto, podríamos preguntarnos hasta dónde habrían llegado las fuerzas productivas africanas si el capitalismo europeo no hubiera interrumpido el desarrollo político de algunas grandes unidades estatales, ni hubiera interferido en su desarrollo demográfico, agrícola, manufacturero y tecnológico, imponiendo al continente un determinado papel en la nueva división internacional del trabajo.

Pero lo más paradójico es que la enorme contribución africana al capitalismo europeo durante su período de formación pondría las bases para convertir el control económico europeo en dominación política a finales del XIX (RODNEY, 1982, 163). Y, al tener en sus manos la completa dirección de los asuntos africanos, los europeos pudieron profundizar a una escala gigantesca el expolio de los recursos del continente; una riqueza que ya no consistía en seres humanos, puesto que mucho tiempo

atrás, en la era del capitalismo industrial, el hambre de materias primas había acabado por ser incompatible con la esclavitud (en el Imperio británico, al menos), no sin importantes debates y convulsiones (WILLIAMS, 2011, 225 y ss.).

Ya se ha mencionado el carácter “humanitario” que se autootorgó el colonialismo. Esa consideración tan optimista –y falaz o cínica, según los casos– respecto al propio papel, además de servir para justificar la explotación, deriva realmente de una concepción racista, según la cual el africano «se presenta no solamente como un niño, sino también como un niño idiota». Una idiotez que sería inherente a la raza negra y que exigiría la colonización como remedio, incluso moral, para la crueldad y el caos en que vivirían sumidos los africanos. Es bien sabido que la Francia de las libertades republicanas jamás logró desembarazarse de estas ideas, que el socialista Léon Blum ejemplificaría en 1925 al afirmar: «Admitimos el derecho e, inclusive, el deber de las razas superiores de atraer a aquellas que no han alcanzado el mismo grado de cultura y de invitarles a experimentar los progresos obtenidos gracias al esfuerzo de la ciencia y la industria». Más aún, Víctor Hugo no tendría empacho en afirmar lo siguiente durante un banquete de conmemoración de la abolición de la trata de esclavos:

«Volver manejable para la civilización a la vieja África, ese es el desafío. Europa lo resolverá. Vamos, pueblos, aprópiense de esta tierra. Tómenla. ¿De quién? ¡De nadie! Tomen

esta tierra de Dios. Dios les da la tierra a los hombres. Dios le regala África a Europa. ¡Tómenla! Inviertan sus energías en África y, al mismo tiempo, resuelvan sus problemas sociales. Cambien a sus proletarios por propietarios [...] y que sobre esta tierra, cada vez más despejada de sacerdotes y de príncipes, el espíritu divino se afirme por la paz, y el espíritu humano por la libertad» (MBEMBE, 2016, 119 y 129).

La libertad a la que aludía Víctor Hugo sólo podía ser la de los europeos o la del comercio, pero anunciaba más claramente la verdadera naturaleza de la ocupación europea y las consecuencias que iba a tener sobre sus víctimas. Walter Rodney, que escribió para combatir la propaganda neocolonial justificadora del imperialismo –perceptible hoy día, por cierto, en posiciones como la de Niall Ferguson–, hizo hincapié en las diferencias salariales entre las colonias y las metrópolis respectivas para mostrar que, si en Europa los niveles de vida eran superiores y, en consecuencia, los salarios también, todo ello se debió a la explotación colonial y al racismo, que cerraba las puertas a los africanos en multitud de ocupaciones, abocándolos hacia el empleo de baja cualificación.

En esas condiciones, no es de extrañar que las actividades que atraían a los capitales europeos (aquellas que servían para extraer los recursos naturales africanos con el menor impulso posible al desarrollo local, como la agricultura de plantación y la minería),

proporcionaran beneficios fabulosos a las compañías. Es lo que ocurrió –y sigue ocurriendo– con el oro, los diamantes, el uranio, el cobre, la bauxita... Así, más de la tercera parte de la riqueza producida por el Congo en la época colonial era repatriada a Europa en forma de beneficios de colosos como la Société Générale y la Union Minière y de salarios para sus empleados blancos, mientras que en Rhodesia del Norte las repatriaciones llegaban al cincuenta por ciento.

También la tierra, como es sabido, fue objeto de la codicia de las compañías europeas, tales como la United Africa Company, la Compagnie Française d'Afrique Occidentale y otras. Frecuentemente, estos consorcios se habían formado integrando o a partir de compañías comerciales que habían amasado sus capitales con el tráfico de esclavos, en puertos tan importantes para la trata como Burdeos y Liverpool. A medida que este comercio fue desapareciendo bajo el impulso de Inglaterra por motivos económicos y políticos, las compañías «ya no se dedicarían a explotar al África despojándola físicamente de su fuerza de trabajo para llevarla a otros lugares del mundo. Ahora explotarían el trabajo y las materias primas de África *dentro* de África». Así pues, en los casos en que no había sido generado con las propias actividades exportadoras en la misma África, su ascendencia se hallaba en la trata: el capital “europeo” invertido en el África colonial tenía, en realidad, un doloroso origen africano (RODNEY, 1982, 185).

Gracias a la fuerza que proporcionaba el dominio del aparato político, los capitales europeos pudieron llevar a cabo un enorme expolio de tierras para organizar sus plantaciones, tal y como ocurrió en Kenia, donde lord Delamere obtuvo 100.000 acres al irrisorio precio de un penique por acre. En 1889, aproximadamente un 60% de la superficie del África Ecuatorial Francesa sería atribuida a las grandes compañías por un espacio de treinta años (KI-ZERBO, 2011, 641). Junto a ello, ese poder permitió a los colonos obligar a los campesinos africanos, con mayor eficacia que en el período precolonial, a participar del mismo tipo de producción para la exportación que las plantaciones dirigidas por las empresas europeas: era la única forma en que los africanos (los menos) podían acceder a los bienes europeos, o simplemente (la mayoría) pagar los elevados impuestos que les exigía el gobierno extranjero. No fueron raros, incluso, los casos en que se obligó a los campesinos a trabajar en los cultivos comerciales mediante la fuerza, como ocurrió en Tanganica y en las posesiones francesas en la década de 1930. Como decía crudamente un colono en Kenia refiriéndose al campesino kikuyu: «Le hemos robado su tierra. Ahora tenemos que robarle las piernas. El trabajo obligatorio es el corolario de nuestra ocupación de este país» (RODNEY, 1982, 197). Y su efecto final, la desnutrición y las hambrunas durante la época colonial, a unos niveles desconocidos hasta entonces como consecuencia de la imposición del monocultivo.

Los intercambios comerciales resultaron asimismo enormemente ventajosos para las metrópolis, mediante el recurso de encarecer los bienes europeos y reducir los precios pagados por los productos autóctonos. Una muestra de ello es el hecho de que durante los años treinta, en plena depresión económica, pese a la disminución de los precios internacionales de las materias primas, la United Africa Company consiguiera unos beneficios considerables, lo que indica la manera en que se trasladaba el peso de la crisis a las espaldas de los campesinos y obreros africanos, como antes se había cargado a sus hermanos de la diáspora el despegue de la industria algodonera. Por lo demás, el intercambio desigual ya era, como se ve, un hecho consolidado «impuesto a África por la supremacía política y militar de los colonizadores» (RODNEY, 1982, 191). Y aún podríamos a otras actividades expoliadoras como los fletes, los servicios financieros y, desde luego, la propia administración colonial, que cubría sus gastos con lo que extraía del territorio ocupado, al igual que sucedía en la India (MARX y ENGELS, 1978).

Es más, los gobiernos coloniales convirtieron en obligatorio el trabajo en infraestructuras, y esta aportación forzosa fue empleada asimismo para ponerlo en manos de las empresas privadas, como ocurrió en el Congo belga, donde la población se veía obligada asimismo a sostener la manutención del personal gubernamental a nivel local (RODNEY, 1982, 199; DOYLE, 2010).

El dominio colonial, en fin, favoreció el desarrollo técnico y tecnológico, así como las innovaciones organizativas, en las industrias europeas nutridas por las muy baratas materias primas africanas, y los capitales “repatriados” sirvieron para financiar la investigación científica y militar. Al igual que en la época de la acumulación originaria, el imperialismo y el consiguiente control sobre materias primas y capitales permitió a los capitales europeos organizar la producción a escala mundial, dictando una división internacional del trabajo que determinó el aumento de los empleos y la concentración de los conocimientos técnicos en Europa.

Lo dicho hasta ahora sería más que suficiente para cuestionar sin ambages las afirmaciones “humanitarias” del imperialismo. Pero estimo conveniente que, al abordar el estudio de esta cuestión, los estudiantes se enfrenten a al menos parte de la carga de cinismo, brutalidad y sufrimiento subsiguiente que conllevó «la carga del hombre blanco», al igual que cuando nos referíamos a la esclavitud. No se me ocurre mejor forma de dinamitar las mixtificaciones sobre la pretendida «misión civilizadora» de los europeos, el «salvajismo» de los africanos y la supuesta linealidad del progreso que habrían supuesto, en la materia y el pensamiento, el capitalismo y su correlato ideológico liberal-ilustrado. Por eso, me parece ineludible acudir a los informes de Roger Casement sobre las consecuencias de la explotación cauchera del Congo y del Putumayo

peruano, que muestran, con la mayor asepsia posible del diplomático, los horrores provocados por la codicia de los capitalistas europeos y ejecutados o consentidos por sus “civilizados” agentes, igualmente blancos (CASEMENT, 2010; 2011).

Por otra parte, si se trata de analizar las expresiones ideológicas del mundo contemporáneo en su contradictoria complejidad, no parece gratuito examinar, además de las consabidas justificaciones del imperialismo, las posiciones anticolonialistas más consecuentes, como los escritos de Marx y Engels sobre las atrocidades de los británicos y los franceses en la India y Argelia (MARX y ENGELS, 1978). Pero también otras posturas menos definidas o no tan abiertamente comprometidas con determinados intereses o principios. Es el caso de Mark Twain, en el papel de propagandista implacable contra las atrocidades promovidas desde el mismo trono de Bélgica. El interés de los artículos de Twain radica, asimismo, en su denuncia de la complicidad del resto de potencias imperialistas, con EEUU a la cabeza, y en su crítica a los elevados principios que rodearon la Conferencia de Berlín, contrastándolos con su plasmación práctica (TWIN, 2010).

Arthur Conan Doyle es un interesante caso de denuncia activa frente a los excesos del colonialismo en el Congo, pues en su muy difundido folleto recogió las consecuencias que siguieron a la publicación del informe de Casement. Pero, además, en su obra se observa

cómo, al seguir venerando la aportación “civilizadora” europea, Doyle no cuestionaba las causas de fondo de tales tropelías, que eran la propia expansión imperialista y el racismo con que se la justificaba. De ahí que haya frecuentes referencias al “imperialismo moderado” supuestamente representado por el Reino Unido, Alemania y, con algunas reservas, Francia. Vana ilusión, como corroboran la experiencia francesa en la India o el genocidio de los alemanes contra los Maji-Maji en la Tanganica de entonces (MARX y ENGELS, 1978; KI-ZERBO, 2011, 630). Por ello se observa, asimismo, que parte de las críticas se refieren a la violación de los acuerdos de Berlín, que Twain trataba de manera bastante más mordaz. En particular, parece que lo que más indignaba a Doyle es que Bélgica no estuviese cumpliendo con la misión civilizadora asignada por las potencias y, sobre todo, el hecho de que las prácticas monopolísticas del Estado Libre del Congo y, en particular, en el Dominio privado de Leopoldo II, contravenían el espíritu librecambista de los acuerdos cual convenían a Inglaterra (DOYLE, 2010). Por último, cabe señalar que algunos personajes que mantuvieron posiciones colonialistas en un principio, como Jean Jaurès, abandonarían esa posición con el tiempo, precisamente tras conocer las consecuencias de la barbarie europea en el Congo. (MBEMBE, 2016).

A la luz de todo lo expuesto, sorprende encontrar aún planteamientos que cuestionan el beneficio que el colonialismo iniciado hacia 1880

supuso para las potencias imperialistas, lo que nos llevaría implícitamente a dar por buena la famosa intención “civilizadora” o, cuando menos, a concluir con un balance positivo del fenómeno, como si los millones de congoleños o las hambrunas producidas por el legado de atraso dejado por la ocupación europea fueran monetariamente cuantificables. Que la empresa colonizadora fue rentable –puesto que no considero necesaria mayor demostración sobre lo que supuso el período previo para la formación del capitalismo– no lo pusieron en duda ni siquiera sus responsables, como dejó en claro el Secretario Colonial del gobierno belga en el exilio durante la segunda guerra mundial:

«Durante la guerra, el Congo ha logrado financiar todos los gastos del gobierno belga en Londres, incluyendo el servicio diplomático y los gastos de nuestras fuerzas armadas en Europa y África, que alcanzaron un valor de 40 millones de libras esterlinas. De hecho, gracias a los recursos del Congo, el gobierno belga en Londres no tuvo necesidad de pedir en préstamo ni un solo chelín o dólar, y la reserva de oro de Bélgica se pudo dejar intacta». (RODNEY, 1982, 206).

En cuanto a los beneficios que la colonización pudo significar para los pueblos africanos, es notoria la pobreza –y lo tardío– de los servicios sociales que los europeos pusieron en marcha en el continente, en especial si los comparamos con los enormes beneficios que obtuvieron de su explotación. A lo sumo, era posible disfrutar de unas condiciones más

similares a las europeas en las áreas de concentración blanca de colonias como Argelia, Kenia y Sudáfrica, mientras que la población nativa apenas obtenía nada. Como ejemplo de ello, en Argelia la tasa de mortalidad infantil era del 39 por mil entre los colonos blancos, pero del 170 por mil entre los argelinos de las zonas rurales. Claro que fuera de las colonias “de poblamiento” la situación era aún más dramática, pues la relación entre servicios y población atendida mostraba desequilibrios mucho mayores entre negros y blancos. No sólo eso, sino que por lo general incluso esos pobres servicios sociales sólo se levantaban en los distritos dedicados a las actividades dirigidas a la exportación, o eran accesibles exclusivamente para los nativos que trabajaban en ellas, lo que da una idea del grado de vileza que alcanzó el cálculo capitalista en el régimen colonial; con mucha razón afirmó Rodney que el colonialismo «tuvo una sola mano: la del bandido armado» (RODNEY, 245-247).

A ello cabe añadir que la colonización, con su estela de hambre y agotamiento, fue causa de la revitalización de algunas enfermedades. Y, en todo caso, hay que tener en cuenta que el cálculo económico solía situarse por encima de cualquier otra consideración, como pasaba en el Congo belga, pero también en el África francesa: como decía el director de la CFAO, «Tenemos que fabricar negros» (KIZERBO, 2011, 648).

Respecto a las infraestructuras levantadas por los europeos, rara vez servían a un fin que

no fueran los intereses de las empresas europeas: carreteras, ferrocarriles, puentes y puertos tenían como único objeto facilitar la gigantista tarea de extraer las riquezas africanas y transportarlas hacia Europa. Y, por si fuera poco, fue el trabajo forzoso, como ya hemos apuntado, y sin equipos (es decir, “a mano”) el que levantó estas infraestructuras (KI-ZERBO, 2011). El aeropuerto de Embakasi (Nairobi), por ejemplo, fue construido por varios miles de personas acusadas de pertenecer a los Mau Mau (RODNEY, 1982, 251).

Por otra parte, dado que los europeos abortaron activamente toda posibilidad de industrialización del continente, los niveles de formación técnica (no digamos científica, desde luego) fueron irrisorios. Ni siquiera hubo un desarrollo tecnológico en la agricultura, siendo como era uno de los puntales de la explotación europea. Como ya se ha apuntado para la plantación esclavista, el atraso tecnológico es inherente a la situación de sometimiento extremo de la mano de obra: el propio régimen colonial, capacitado por su control político para disponer de tierras y personas, no tuvo el más mínimo interés en introducir alteración alguna en la división internacional del trabajo, y mucho menos en capacitar técnicamente a los campesinos y braceros africanos.

Por último, en relación con la educación de los africanos, cabe destacar su absoluta falta de medios y su orientación al servicio de las necesidades coloniales. Sólo muy tardíamente se interesaron los europeos por fomentar una cierta

educación en sus colonias africanas, y aun entonces los escasos nativos que accedieron a ella se veían abocados al papel de meros colaboradores de la explotación colonial en empresas privadas y en los puestos inferiores de la administración local. Pero, además, la educación tenía una función claramente aculturizadora, de formación en la cultura del ocupante, incluidos sus prejuicios racistas. Por otra parte, la discriminación practicada por la escuela queda ejemplificada por la distribución de los recursos en la Uganda de 1959: unas 11 libras esterlinas por cada alumno africano, 38 para cada indio y 186 por niño europeo. Hasta 1948 no se recomendó introducir escuelas secundarias para los africanos en las colonias (RODNEY, 1982, 293).

Una nota importante a tener en cuenta en nuestro contexto social: de acuerdo con Rodney, el colonialismo ni siquiera fue capaz de elevar la condición de la mujer, elemento que constituye hoy un pretexto privilegiado para justificar persecuciones e intervenciones militares. Lejos de eso, los cambios inducidos por los europeos restaron relevancia social y económica a la mujer y la despojaron de las consideraciones que (junto a diferentes formas de explotación y opresión) le otorgaba la sociedad tradicional.

Una vez vista la importancia de la aportación africana al despliegue del capitalismo en el mundo, así como la forma en que el colonialismo y el imperialismo han engendrado un continente africano sumido en el

subdesarrollo, quedaría insistir, aunque sea brevemente, en la relación dialéctica que une al desarrollo occidental con el atraso africano como las dos caras de una misma moneda, que era a fin de cuentas lo que quería demostrar Walter Rodney –objetivo que compartimos–, y que se da en un sentido tanto sincrónico tanto diacrónico. Desde esa perspectiva, y en términos generales, José Luis Sampedro (1972, 155) definió el subdesarrollo como «la situación de pobreza marginada y permanente, *segregada por el desarrollo*, en que vive la mayor parte de la Humanidad, sin perspectivas de evolución espontánea favorable *mientras persista su subordinación dentro del sistema*» (el subrayado es mío).

También Yves Lacoste estableció esta relación, atendiendo a sus raíces históricas, al referirse a «las sujeciones impuestas por el sistema colonial, que, en la actualidad, se prolongan a través de los mecanismos del intercambio desigual» (LACOSTE, 1980). Los datos aportados por Rodney hace más de cuarenta años ponen claramente de manifiesto este hecho. Sin embargo, creo que cotidianamente no incidimos lo bastante en esta relación, que serviría para poner sobre la mesa y cuestionar muchas de las “certidumbres” de base racista que sigue arrastrando nuestra cultura –y lastrando nuestra democracia–, acerca de los otros y sobre nosotros mismos, desde la época de la ocupación europea del mundo.

6. ¿Continente sin pulso?

Walter Rodney destacó el hecho de que, ya desde los primeros contactos de los africanos con los europeos, aquellos mostraron su oposición a someterse al dictado de las necesidades mercantiles de los blancos. En varios casos, la intención manifestada por los reyes africanos fue la de establecer fórmulas de cooperación e intercambio que beneficiaran a ambos mundos por igual; pero acabaron sucumbiendo a las presiones y las intrigas, cuando no la violencia, utilizadas por los europeos para dar respuesta a su demanda de esclavos, como ocurrió en el Congo a principios del siglo XVI. De hecho, el inicio de la trata en una determinada región africana acababa siendo un hecho irreversible, tal y como pudieron comprobar los habitantes del reino de Matamba (actual Angola) a mediados del siglo XVII, tras intentar resistirse a los portugueses. También en los barcos solía haber rebeliones entre los africanos que solían acabar en un baño de sangre; pero la muerte era recibida como una bendición por estos pobres infelices (KIZERBO, 2011, 320).

Los africanos fueron conscientes desde muy pronto de los efectos destructores de la trata sobre sus estructuras sociales, económicas y políticas. De ahí que, durante toda su existencia, se produjeran intentos de oponerse a ella, como el de los *baga* en Guinea, hacia 1720, o el de Dahomey por los mismos años. Pero ya entonces la dependencia hacia las redes comerciales europeas era demasiado intensa

como para torcer el brazo de los blancos, que eran los únicos que podían proporcionar las armas de fuego y los cauris (utilizados como moneda en África occidental) que los jefes locales necesitaban para acrecentar —vana empresa— su poder.

Los pueblos africanos no cesarían, sin embargo, de luchar por su independencia política y económica. También en Dahomey, el rey Ghezo promovió el cultivo de la palma de aceite para zafarse de la dependencia de la trata, hacia 1850. Es notorio el caso del Egipto de Muhammad Alí (1805-1849), que llevó a cabo una política proteccionista para intentar una industrialización endógena en que basar la independencia económica. Aunque esta experiencia fracasó, debió de tener su peso a la hora de emprender el sometimiento de Egipto por los británicos.

La resistencia continuó y devino más dramática, por desesperada, al inicio de la época colonial. En Dahomey, los choques con los franceses se prolongaron hasta 1894. Ya hemos mencionado también, en fin, la heroica resistencia de los asante y los zulúes frente a los británicos en los años de la carrera imperialista, así como la resistencia en las zonas musulmanas del Sahel.

En el África oriental alemana se sucederán también las rebeliones: la de Abushiri (1888), la de los hehe (hasta 1898), los Maji-Maji en Tanganica (1905), víctimas de un auténtico genocidio... La situación de rebelión se prolongó también en sus colonias occidentales.

Como señaló Ki-Zerbo (2011, 631), las luchas de conquista se prolongaron hasta el fin de la Primera Guerra Mundial debido al trabajo forzado, las requisas y los pesados tributos exigidos por los europeos. Después, las revueltas perdurarían (a veces, con resultados tan trágicos como la de los Mau-Mau); pero también vería la luz un nuevo tipo de conflicto, como las huelgas senegalesas de 1925 y 1938, o la del cacao en Costa de Oro (1937), que anunciaban ya los cambios que aceleraría la Segunda Guerra Mundial.

7. Referencias bibliográficas

Amores Bonilla, Pedro Antonio, y Sanchiz Torres, Sergi. (2016). Un planteamiento alternativo para el desarrollo de los contenidos curriculares de Historia Moderna. En Gómez Carrasco, Cosme; García González, Francisco y Miralles Martínez, Pedro (Eds.) *La Edad Moderna en la Educación Secundaria. Propuestas y experiencias de innovación* (209-224). Murcia: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones.

Apple, M.W. (1996). *El conocimiento oficial. La educación democrática en una era conservadora*. Barcelona: Paidós.

Beckert, S. (2016). *El imperio del algodón*. Barcelona: Crítica.

Blackburn, R. (2015). Oro blanco, trabajadores negros. *New Left Review* (95), 163-174. Recuperado de internet (http://newleftreview.es/article/download_pdf?language=es&id=1200).

- Bueno Martín, M.A.I., González García, J.M., Peris Santa Remigia, M.D. y Salas Oliván, J.L. (2005). *Historia del Mundo Contemporáneo*. Madrid: Bruño.
- Bueno Martín, M.A.I., González García, J.M., Peris Santa Remigia, M.D. y Salas Oliván, J.L. (2008). *Historia del Mundo Contemporáneo*. Madrid: Bruño.
- Casement, R. (2010). Informe general del Sr. Casement al marqués de Lansdowne. En Williams, G.W., Casement, R., Doyle, A.C. y Twain, M. *La tragedia del Congo*. A Coruña: Ediciones del viento.
- Casement, R. (2011). *Libro Azul Británico. Informes de Roger Casement y otras cartas sobre las atrocidades en el Putumayo*. Lima: CAAAP – IWGIA.
- Chukwudi Eze, E. (2001). La moderna filosofía occidental y el colonialismo africano. En Chukwudi Eze, E. *Pensamiento africano. Ética y política* (95-132). Barcelona: Bellaterra 2000.
- Doyle, A.C. (2010). El crimen del Congo. En Williams, G.W., Casement, R., Doyle, A.C. y Twain, M. *La tragedia del Congo*. A Coruña: Ediciones del viento.
- Engels, F. (1890). Carta a Konrad Schmidt. Recuperado de internet: (<https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/e27-x-90.htm>).
- Equiano, O. La narración interesante... En Chukwudi Eze, E. *Pensamiento africano. Ética y política* (155-168). Barcelona: Bellaterra 2000.
- Fanon, F. (1999). *Los condenados de la tierra*. Tafalla: Txalaparta.
- Gago, V. y Obarrio, J. (2016). Prólogo. En Mbembe, A. (2016). *Crítica de la razón negra*. Barcelona: Futuro Anterior Ediciones.
- Ki-Zerbo, J. (2011). *Historia del África Negra. De los orígenes a la independencia*. Barcelona: Bellaterra.
- Lacoste, Y. *Geografía del subdesarrollo*. Barcelona: Ariel, 1980.
- Linebaugh, P. y Rediker, M. (2005). *La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*. Barcelona: Crítica.
- Marx, K. (1846). Carta a Pavel V. Annenkov. Recuperado de internet (<https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/m1846-12-28.htm>).
- Marx, K. (1867). *El capital*. Recuperado de internet (<http://pendientedemigracion.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/capital1/>).
- Marx, K. y Engels, F. (1978). *Acercas del colonialismo*. Madrid: Júcar.
- Mbembe, A. (2016). *Crítica de la razón negra*. Barcelona: Futuro Anterior Ediciones.
- Morgan, E.S. (2009). *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos: de la colonia a la independencia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Perceval, J.M. (2013). *El racismo y la xenofobia. Excluir al diferente*. Madrid: Cátedra.

- Prats, J., Castelló, J.E., Forcadell, C., García, M.C., Izuzquiza, I. y Loste, M.A. (2008). *Historia del Mundo Contemporáneo*. Madrid: Anaya.
- Renouvin, P. (1990). *La crisis europea y la Primera Guerra Mundial (1904-1918)*. Madrid: Akal.
- Riley, D. Cuestiones sureñas. *New Left Review* (85), 154-168. Recuperado de internet (http://newleftreview.es/article/download_pdf?language=es&id=1088).
- Rodney, W. (1982). *De cómo Europa subdesarrolló a África*. México: Siglo XXI.
- Romero, J., Luis, A., García, F.F., Rozada, J.M. (2006). La formación del profesorado y la construcción social de la docencia. *Con-Ciencia Social* (10), 15-67.
- Sampedro, J.L. (1972). *Conciencia del subdesarrollo*. Barcelona: Salvat.
- Sanchiz Torres, S. (2015). La historia del mundo contemporáneo a partir de los conflictos del presente: una programación. En Folguera, P., Pereira, J.C., García, C., Izquierdo, J., Pallol, R., Sánchez, R., Sanz, C. y Toboso, P. (eds.). *Pensar con la historia desde el siglo XXI: actas del XII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea* (5219-5240). Madrid: UAM Ediciones.
- Sanchiz Torres, Sergi, y Amores Bonilla, Pedro Antonio (2016). Revisión metodológica del desarrollo de los contenidos curriculares de la Historia Moderna. En Gómez Carrasco, Cosme; García González, Francisco y Miralles Martínez, Pedro (Eds.) *La Edad Moderna en la Educación Secundaria. Propuestas y experiencias de innovación* (171-185). Murcia: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones.
- Smith, S. (2015). *Fuego subterráneo. Historia del radicalismo de la clase obrera en los Estados Unidos*. Hondarrribia: Hiru.
- Triulzi, A. (1984). Descolonizando la historia de África. En Samuel, R. (ed.). *Historia popular y teoría socialista* (210-224). Barcelona: Crítica.
- Twain, M. (2010). *Antiimperialismo. Patriotas y traidores*. Barcelona: Diario Público.
- Williams, E. (2011). *Capitalismo y esclavitud*. Madrid: Traficantes de sueños.